

NATALIA HATT



ÁNGELES
PERDIDOS
Y OTROS RELATOS

ÁNGELES PERDIDOS

Y otros relatos

NATALIA HATT

Copyright © 2013 Natalia Hatt

Todos los derechos reservados

Se permite la reproducción parcial de esta obra siempre que se haga mención al autor.

Para mi sobrina Carla, quien algún día será lo suficientemente grande como para poder leerle estos cuentos...

ÁNGELES PERDIDOS

Llorar. Nunca en mi vida tuve tantas ganas de llorar. Soy un ángel, una hija de Dios. Sin embargo estoy perdida, destinada a vivir en esta tierra de nadie hasta el fin de mis días.

¿Qué sucedió? Esa es una buena pregunta.

El apocalipsis fue lo que sucedió. Algunas almas humanas fueron salvadas y enviadas al cielo, y otra gran cantidad se fue al infierno. La tierra está ahora desolada, sus ciudades vacías de cualquier forma de vida... bueno, excepto por algunos de nosotros, los ángeles, y muchos de ellos. *¿Ellos?* Sí, ellos... los mugrientos demonios. Deberían haberse ido toditos al infierno. Pero no.

¿Qué hacemos nosotros en la tierra? No se suponía que nos quedaríamos aquí, no. Se suponía que nos iríamos de vuelta a casa, con nuestro padre, pero llegamos tarde y no pudimos entrar antes que las puertas del cielo se cerrasen; y ahora que lo están, no se abrirán nuevamente por un puñado de nosotros. Nos quedaremos aquí... posiblemente por siempre. Y créeme, siempre es un tiempo demasiado largo.

Llegamos tarde porque aún había gente que debíamos salvar, almas atrapadas que no queríamos dejar atrás. *¿Quién se hubiera imaginado que seríamos nosotros los que seríamos dejados atrás?* Mas debemos acostumbrarnos a esto, adaptarnos a las nuevas circunstancias. Tal vez algo bueno salga al final. *Tal vez...*

*

El sonido estridente de un trueno me despierta. Está oscuro pero se puede ver la luz de los refucilos entrando por la ventana. Es la única luz que he visto en días.

La tierra ahora está tan oscura como puede llegar a serlo. No hay sol que la ilumine, ni que le de calor. Ni siquiera se puede ver ya las estrellas por la noche: Las tinieblas nublan el cielo, ahora completamente cubierto por nubes de polvo y cenizas, gruesas e impenetrables. Afuera el viento es violento y aniquilador, un viento que lo destruye todo a su paso.

—Vuelve a dormir, hermana —me aconseja Galadriel—. Es seguro aquí, los demonios no pueden meterse en esta vieja iglesia.

—Ya lo sé, Galadriel, pero simplemente no puedo acostumbrarme a esto... a estar por nuestra cuenta... a no oír a nuestro padre en mi oído. Es... —hago una breve pausa— ya no sé cómo describirlo.

No estamos acostumbrados a esta nueva necesidad, la necesidad de dormir, pero desde que las puertas del Cielo cerraron y nuestra conexión con la fuente se rompió, no tenemos ninguna otra manera de recuperar nuestras energías. Solo nos queda dormir hasta que nuestras energías se hayan recargado. Eso puede llevar de cinco horas a un día completo, aunque los mayores de nosotros parecen necesitar una menor cantidad de tiempo. Yo no soy exactamente la mayor, ni la más fuerte.

—Arielle... Aunque sea inténtalo. *¿Sí?* —me dice mi hermano con seriedad. Simplemente asiento.

—Está bien, hermano. —Vuelvo a cerrar mis ojos y me duermo, pero mis sueños están plagados de pesadillas. Las bestias me dan cacería, su piel roja y sus cuernos me aterrorizan. Esos diablos quieren llevarme a la muerte verdadera, para alimentarse de mí; y mis sueños no están para nada errados ya que, allí fuera, diversos tipos de monstruos esperan el momento propicio para atacarnos a mí y a mis hermanos, para alimentarse de nosotros y asegurar su propia supervivencia.

Sin los humanos en el panorama, ellos tampoco tienen una fuente de energía de la cual alimentarse, y no pueden dormir como nosotros para recargarse... deben comer. Su hambre los está volviendo completamente dementes, y están desesperados por

conseguir lo que sea.

“*Aliméntate de un ángel y vive para siempre,*” dice el viejo dicho de los demonios. Ellos no descansarán hasta poder posar sus garras sobre nosotros, pero no les será nada fácil ya que un ángel, con su espada bendecida, los puede aniquilar con gran facilidad; siempre y cuando éste no se encuentre bajo de energías.

“*La batalla continúa...*”, me repito a mí misma durante mi sueño en el que poco descanso. “*Nunca terminó.*”

*

—Despierta Arielle —me llama mi hermana Dianelle mientras me sacude del brazo—. Has dormido más de la cuenta. Estamos preocupados.

Tomo asiento en mi lecho en el suelo, fregándome los ojos; creo estar viendo luz, pero estoy equivocada. Tan solo se trata de una fogata. Mis hermanos deben haberla construido para ayudarnos a mantener nuestra temperatura corporal elevada. Hace frío. ¿Quién hubiera pensado que el frío es algo que un ángel puede sentir?

—Lo siento. Mi sueño fue muy agitado, quizás por eso necesitaba más —me disculpo—. Pienso que quizás debamos seguir moviéndonos, hermana. Tenemos más de los nuestros allí fuera, algunos puede que incluso estén en problemas. Deberíamos encontrarlos.

—Con suerte lo haremos, pero necesitamos encontrar primero un lugar seguro para dormir antes de poder irnos más lejos.

Necesito un propósito en mi vida. Sin los humanos, no tengo a nadie de quien cuidar. ¿Qué sentido tiene ser un ángel sin un propósito? Necesito conseguirme uno.

—Quizás nuestro padre nos rescate —digo, intentando no perder las esperanzas. Mi hermana sacude la cabeza.

—No seas tonta. Las escrituras dicen que las puertas de los cielos no serán abiertas para nadie una vez que estén cerradas. Estamos atrapados aquí, es mejor que nos vayamos acostumbrando de una vez.

—Estás en lo correcto, Dianelle —le doy la razón—, pero el Padre ha hecho excepciones con anterioridad... somos sus hijos y nunca le hemos fallado. Puede que cambie de opinión... solo por nosotros.

La tierra vuelve a temblar. No es el primer terremoto por el cual hemos pasado. Desde que estamos aquí, ha habido uno cada pocas horas. Tememos que el edificio llegue a colapsarse si los temblores siguen incrementando su magnitud.

Somos solo nosotros tres aquí, en este lugar... Galadriel es el mayor; fue creado por el Padre incluso antes que los humanos. Dianelle y yo tenemos casi la misma edad; fuimos creadas alrededor del año en el que Jesucristo nació, más de dos mil años atrás. No tuvimos niñez ya que los ángeles son creados en la forma que mantendrán de por vida, cada uno con un propósito específico que cumplir, el cual nunca cambia.

Nosotros somos ángeles guardianes. Siempre dimos lo mejor de nosotros para proteger a los humanos que nos eran asignados, pero ahora solo nos queda protegernos los unos a los otros. No somos guerreros por lo que, si los demonios nos llegasen a atacar en grandes números, estaríamos perdidos.

*

Ahora está todo tranquilo... ni siquiera se oye el resoplar del viento. No hay rayos surcando el firmamento, pero las nubes están más oscuras que nunca.

“*La quietud que precede a la tormenta,*” pienso. Estoy absolutamente aburrida de estar aquí; mis hermanos se niegan a salir. “*¿Debería irme de todos modos? ¿Ver si hay alguien allí fuera? ¿Ver si hay muchos demonios cerca? Esa podría ser una acción estúpida, claro que sí. Pero no puedo quedarme aquí...*” Tomo la peor elección de mi vida.

—Voy a salir —les anuncio a mis hermanos. Voy a hacerlo por primera vez tras haberme mantenido dentro de esa misma iglesia durante largos días. Ya he perdido la

cuenta.

Mis hermanos intentan convencerme para que me quede, sin embargo no pueden hacer nada para detenerme. Abro las puertas viejas y oxidadas y salgo, llevando mi espada conmigo en caso de necesitar usarla contra alguna de esas criaturas inmundas, cosa que seguramente sucederá mientras estoy fuera.

—¡Ayúdenme! —Oigo una voz femenina gritar. Debe venir de alrededor de una milla de distancia.

Miro a mi alrededor y compruebo que no haya amenaza alguna, luego emprendo vuelo hacia el lugar de donde provienen los gritos de quien tan desesperadamente necesita mi ayuda. Estoy convencida que se trata de una de mis hermanas más jóvenes; posiblemente también se haya perdido. Debe estar muy asustada si esas criaturas la están persiguiendo. Necesito salvarla.

Vuelo a través del oscuro firmamento, dirigiéndome hacia mi hermana.

—¡Hermana, voy hacia ti! —grito para que ella pueda oírme. Sin embargo no recibo respuesta alguna. “¿Estará bien?” No puedo evitar preguntármelo.

Descubro que los gritos provienen de la cima de un edificio abandonado. Se puede ver una tenue luz allí... Alguien ha hecho fuego dentro del lugar.

“*Mi hermana ha sido demasiado tonta como para venir aquí,*” pienso. Los edificios viejos son los peores lugares para buscar refugio. Allí es donde los demonios más andan a su gusto.

Aterrizo frente al edificio en cuestión, sobre un bloque de asfalto, ahora lleno de grietas, que alguna vez perteneció a una avenida principal, y ajustando mi visión en modo infrarrojo, camino dentro del edificio y comienzo a subir las escaleras. Los gritos parecen venir del cuarto piso, decido ir hasta allí.

Cuando llego al segundo piso, un ruido sibilante me toma por sorpresa. Un horrible demonio con la piel llena de escamas de un color rojo brillante, extremidades cortas y cuernos marrones puntudos salta sobre mí. Abre su boca dejando ver sus colmillos, listos para ser clavados en mi carne, pero yo soy más rápida que él, y por eso logro sacudírmelo de encima en poco tiempo, de inmediato atravesando su pecho con mi filosa espada.

“*Un demonio menos caminará sobre la tierra,*” pienso mientras lo veo caer sin vida, y me dirijo al próximo set de escaleras.

El haber exterminado a ese demonio inmundo me llena de una felicidad rebosante. Siempre me había preguntado por qué había tenido que caer nuestro hermano Lucifer... ¿por qué había osado desafiar a nuestro padre al crear esas horribles criaturas? Nuestro padre debería haberlas eliminado en un abrir y cerrar de ojos; pero sin embargo, les había permitido coexistir con la raza humana, quienes solían ser seres nobles hasta que Lucifer y sus demonios los corrompieron y llevaron al pecado.

“¿*Por qué permitió eso nuestro padre?*” me pregunto, pero luego tengo que prohibirme pensar de esa manera. “*Nuestro padre es piadoso. Nuestro padre hace lo que es mejor para todos,*” me repito mientras subo hasta el tercer piso.

¿Puede ser que el haber perdido mi conexión con el cielo me haya convertido en una irreverente? No puedo permitirlo. Debo sentir que aún soy fiel a mi padre y señor, sin importar lo difícil que a veces esto sea. “*Padre... nunca te fallaré,*” prometo en silencio.

Es tan fácil dudar cuando estás lejos de él... es tan fácil caer en la tentación. Sí, los ángeles también sufren la tentación... no sólo los humanos. No tenemos libre albedrío como ellos, lo que hace que caer en la tentación sea algo de lo que luego no podemos arrepentirnos. “*No hay perdón para un ángel caído.*”

Sin embargo aquí estoy... Solía tener un corazón tan grande, quería salvar a todo el mundo, pero no pude salvarme a mí misma. Siempre fui una hija leal, la guardiana perfecta cuyos protegidos siempre irían al cielo al final. Siempre hice bien mi trabajo...

pero fui dejada atrás... "*Estoy perdida.*" No he obtenido recompensa alguna por cumplir bien con mi labor, y no obtendré ninguna. Sólo una eternidad en este purgatorio.

*

Llego al cuarto piso. "*¿Dónde está mi hermana?*" Ya no oigo gritos, lo cual me preocupa enormemente. "*¿Sigue con vida? ¿Ha salido volando?*"

—¡Aghhh! —Un grito agónico proviene del pasillo. "*¡Cristo! ¿Qué le están haciendo?*" Decido que voy a aniquilar a todas aquellas criaturas del infierno, sin apiadarme de ninguna de ellas. "*Sabrán con quien se están metiendo.*"

La escena de la que me encuentro siendo testigo es absolutamente aterradora. Cualquiera que tuviese el corazón débil podría llegar a desmayarse al verla. "*Sangre de ángel...*", puedo sentirla sobre todo el lugar y eso es lo que me convence que mi hermana debe estar viviendo sus últimos segundos. Luego lo veo con mis propios ojos...

En el medio del lugar hay un pentagrama invertido pintado con sangre, símbolos demoníacos en cada una de sus puntas. Mi hermana está allí, y fuertes clavos mantienen sus pies y manos dolorosamente clavados al suelo. Ella llora de dolor. Casi puedo sentir yo misma lo mucho que está sufriendo.

No son los clavos que atraviesan sus extremidades los que causan semejante dolor, ni es la sangre que está perdiendo... es el pentagrama sobre el cual la han acostado, y sus símbolos que la drenan de toda su energía, matándola lenta y agónicamente.

Luego veo a los demonios arrodillados en cada punta del símbolo satánico, bebiendo de la sangre de mi hermana, la cual corre libremente por el piso. Hay exactamente cinco de ellos... cinco mugrientos hijos del diablo.

—¡Dejen a mi hermana en paz! —grito con vehemencia— ¡O acabaré con todos ustedes!

Levantán sus cabezas para mirarme, pero pronto dejan de prestarme atención y siguen con lo que estaban haciendo. La ira corre por mis venas. "*Nunca hagas enojar a un ángel.*"

Enojada como estoy, me abalanzo hacia ellos, espada en mano lista para cortar sus cuellos y masacrarlos. Mas cuando estoy por llegar a su círculo, soy detenida... algo me impide moverme, ir más lejos. Levanto mi mirada para observar el techo, donde veo otro pentagrama con símbolos diabólicos, dibujado también con sangre...

Estoy paralizada, no puedo moverme. La espada se me cae de las manos. Un enjambre de demonios sale de la nada, riendo diabólicamente, mientras caminan hacia mí.

Esto será lo último que veré.

"Este es mi final. Los ángeles también mueren... Estoy perdida. Soy un ángel perdido."

ALMA VIAJERA

Dicen que hay momentos en los que el alma decide separarse del cuerpo sin que éste haya muerto. Son momentos en los que ésta lo abandona para irse a otra parte, para descubrir nuevos mundos, para soñar... El problema es que la mayoría ni siquiera se entera que esto les sucede. La mayoría despierta sin recordar nada de lo ocurrido mientras el cuerpo y el alma se encontraban en distintos lugares.

Mi tía Gladys era una de esas personas. Su alma solía irse de viaje bastante seguido, pero ella no era consciente de este hecho. No, ella no recordaba absolutamente nada de lo que experimentaba estando en ese estado. Pero nosotros sí, porque mi tía solía manifestarse delante nuestro en muchas circunstancias, aunque no siempre las más cómodas para nosotros.

La primera vez que la vi me dio un susto de muerte. Me había levantado para ir al baño. La ventanita del pasillo había quedado abierta y corría una ráfaga de aire helado que me hizo erizar la piel. Decidí cerrarla, pero cuando estaba haciendo mi cometido, miré a través de la ventana y vi una figura espectral...

Era mi tía. Se la veía de un tono verdoso transparente, y ella estaba sentada al borde de la piscina. Pensé que ella había muerto. ¿De qué otra forma podría aparecerse como un fantasma?

Desperté a todo el mundo en la casa. Mi madre se aterrorizó al verla en el jardín, pero se animó a ir y enfrentársela.

—¿Qué haces aquí Gladys? —le preguntó—. ¿Estás muerta?

—Miro los peces de colores —dijo mi tía con tranquilidad—. ¡Son tan bonitos!

Nosotros no teníamos peces de colores en nuestra piscina pero, vaya uno a saber... tal vez sí existían en otro plano, y mi tía los podía ver.

Mamá no pudo lograr que el fantasma de mi tía profiriese oración coherente alguna, por lo que llamó a su casa. En el momento que lo hizo, el fantasma se esfumó.

—¿Hola? ¿Quién llama a esta hora? Me han despertado.

Mi tía estaba viva. Había estado durmiendo y cuando el teléfono sonó, su espectro desapareció... el alma le volvió al cuerpo, literalmente.

Mi tía hasta hoy se niega a creer esta historia, pero yo puedo afirmar que es cierta. Vaya uno a saber cuántas personas más hacen lo mismo... y cuántos de los fantasmas que uno ve son, en realidad, almas viajeras que han salido de su cuerpo durante la noche para pasar un buen rato, y quizás también asustar a los que no pueden dormir.

LA BESTIA ENORME

De niña vivía en el campo, a unos cinco kilómetros del pueblo más cercano. Odiaba vivir allí ya que cuando llovía no podía salir ni siquiera para ir a la escuela; por eso estuve más que feliz cuando, meses después de mi cumpleaños número quince, mis padres me dieron la grata noticia que nos mudaríamos al pueblo.

No se pueden imaginar la alegría que sentí; pero no nos mudaríamos hasta luego de unos meses, así que seguiríamos viviendo en nuestra vieja casa de campo por un tiempo más.

Un día, al atardecer, volvía caminando tras haber visitado a mi tío, quien tenía su casa a solo medio kilómetro de la nuestra. Iba subiendo una loma; mi casa estaba ubicada justo en la cima.

Pensaba sobre mi futuro hogar, cómo éste sería, ya que aún no lo conocía. Estaba completamente sumida en mis pensamientos, mirando al suelo mientras caminaba. Esa era una mala costumbre mía.

De pronto alcé la mirada, y lo que vi me hizo olvidar de mi nueva casa, y de cualquier otra cosa que se me pudiera haber estado cruzando por la cabeza.

Una enorme bestia se alzaba sobre dos piernas, justo en lo más alto de la loma, al costado del camino, a unos cien metros de donde yo estaba. Me quedé paralizada, observándola por unos segundos.

No era un perro... demasiado enorme para serlo. No era un caballo... demasiado peludo y hocicudo. Además, estaba erguido como si fuera un homínido; definitivamente no podía ser ninguno de estos animales. Pero un nombre se me vino a la mente al verlo: *lobizón*.

¿Pero no era que los lobizones, los hombres lobos argentinos, se convertían solo las noches de luna llena?

Recién estaba bajando el sol... estaba claro, y yo podía ver bien a esa bestia, paralizada en mi lugar como estaba; y la bestia también me miró. No pude evitar sentirme horrorizada al vez cómo su cabeza, que antes se había encontrado observando los vastos campos entrerrianos, ahora se giraba para mírame a mí.

Pensé que iba a pasarme algo digno de una película de terror, que la bestia iba a correr hacia mí sin darme oportunidad de huir... que, tal vez, ése sería mi fin.

Pero no... afortunadamente, no fue eso lo que sucedió. La bestia volvió a enfocar su mirada en los vastos campos y, antes que pudiera darme cuenta, salió corriendo despavorida, saltando por encima del alambrado, perdiéndose entre los sembrados de manera increíblemente e inhumanamente rápida.

Cuando finalmente retomé mi rumbo y me acerqué al alambrado para mirar hacia donde la bestia había salido corriendo, no había más rastros de ella, y no se la podía ver por ninguna parte. Era extraño que hubiese desaparecido tan rápido, no podía haber pasado más de medio minuto desde que se había marchado.

Tampoco la volví a ver nunca más... pero sin lugar a dudas, esa fue una experiencia digna de ser recordada, aún ahora, diez años más tarde... y es un misterio que, tal vez, algún día logre descifrar.

LOS AMANTES DE LA LUNA

No sé por qué pero, esa noche de todas las noches, decidí acampar en el medio del campo; solo, en una simple carpa cerca del lago que se encontraba en el medio de la finca de mi familia. Era un lugar tranquilo, silencioso, imposible de comparar con la enorme urbe en la que yo vivía.

Venir al campo era renovador, algo que siempre había hecho con frecuencia en mis veinte años de vida, pero yo, Augusto Cáceres, soltero y de nacionalidad argentina, nunca antes había acampado bajo la luna llena.

Cerca del anochecer, armé mi carpa e hice una fogata. Pesqué algo en el lago, y comí pescado a las brasas. Estaba exquisito.

Me calenté las manos en el fogón mientras miraba la luna llena, enorme y redonda, escalando el firmamento. Era hermosa, y no dejaba de asombrarme. No podía evitar mirarla. Es más, se me pasó el tiempo sin darme cuenta de ello.

Debían ser alrededor de las doce de la noche cuando vi una sombra roja comenzar a cubrir la luna, mi luna; ya la consideraba una propiedad, mi amiga, mi compañera. Me había enamorado de ella, y tal vez... ella sentía lo mismo por mí.

Bueno, la cuestión fue que esta sombra comenzó a cubrir la luna hasta llegar a su totalidad. Me asustaba un poco, a decir verdad, pero tras pensarlo un rato me di cuenta que se debía tratar de un simple eclipse lunar, aunque nunca antes había visto uno. Era realmente una belleza.

Me levanté y comencé a dar unos pasos. Cuando menos me di cuenta, estaba dando una vuelta alrededor del lago como si estuviese en un estado de trance. En las aguas cristalinas del lago se reflejaba el hermoso objeto celeste, ahora de color rojizo, representando así el paisaje nocturno más precioso que jamás hubiese visto.

Algo me dijo que caminase más, adentrándome en el campo, y así lo hice. Pronto, escuché un aullido ensordecedor. ¿De qué se trataba? El aullido fue seguido por otros más, muchos más. Seguí caminando, bajando una colina, y lo que vi me dejó atónito.

Debían ser unos doce perros enormes. Estaban sentados sobre sus dos patas traseras mirando al cielo, formando un círculo perfecto; y en el medio del círculo se encontraba el perro más grande, de color negro. Los demás eran de colores diversos, variando del blanco al marrón oscuro, pero ningún otro era negro.

El perro negro posó sus ojos en mí, dejándome paralizado. El terror comenzó a invadir mis entrañas cuando me percaté que sus ojos brillaban de color rojo, asemejándose a dos enormes brasas incandescentes.

El perro dio otro aullido, y toda la jauría se giró, mirándome a mí. Me di la vuelta y comencé a correr despavorido, mientras oía aullidos y ladridos por detrás. Toda la jauría me estaba persiguiendo.

Pensé que iba a poder huir, pensé que me salvaría, pero estaba demasiado lejos de casa y de cualquier otro lugar... y esa noche, los amantes de la luna terminaron conmigo.

LA HISTORIA DE MI MUERTE

Solía soñar con mi muerte durante la mayor parte de mi corta vida. Soñaba esto al menos unas dos veces al año, desde que tengo uso de memoria. Aquellos sueños estaban allí, frecuentándome, atormentándome, tratando de advertirme sobre mi destino final; pero yo no negaba a hacerles caso. En vez de eso, decidí creer que eran tan sólo unas tontas pesadillas, tal vez causadas por algún tonto trauma de mi infancia.

No podría haber estado más equivocada. Si hubiese hecho caso a las advertencias, posiblemente ahora seguiría viva, pero no lo hice; y ya no hay nada que se pueda hacer para remediarlo.

A pesar de esto estoy en paz, y eso es lo que importa. Ahora tengo todo el tiempo del mundo, y puedo ocupar un par de minutos para contarte mi historia. ¿Estás listo para escucharla? Por favor, toma asiento antes de que continúe.

*

Era la mitad del mes de enero. El día había sido más caluroso de lo normal y esa noche hubo una tormenta tropical; una de las peores en décadas, escuche en las noticias.

Ese día también recibí el golpe más devastador de mi vida. Mi novio Ian, a quien yo amaba con toda mi alma y con quien había convivido durante los últimos dos años, confesó que, tiempo atrás, me había engañado con otra mujer.

Yo estaba tan furiosa que el enojo me cegó completamente. Decidí dejarlo luego de haberle dicho los más horribles insultos que puedas llegar a imaginarte.

No le permití que me dijera más nada. Él quería explicarme que todo había sido un error, que aún me amaba y que, porque me quería, había decidido ser honesto conmigo y deseaba arreglar las cosas.

Mas yo junté mis pertenencias y, por más que todavía estaba lloviendo intensamente, me colgué mi impermeable y subí a mi moto. Necesitaba ir a casa de mi abuela; sabía que eso era lo que tenía que hacer. Ella siempre lograba reconfortarme y hacer que me sintiera mejor; siempre estaba allí para ayudarme.

Yo conocía muy bien esa ruta. Solía visitar a mi abuelita con frecuencia, por eso yo estaba segura que, aunque el asfalto estuviese muy mojado, podría lograrlo. Eso era un gran error... había un detalle con el cual no contaba, y de eso me arrepentiría.

Tomé la solitaria carretera. Nadie transitaría por allí durante esa noche, yo lo sabía bien. La tormenta había sido terrible, y la mayoría de la gente tendría miedo de que continuase. Sin embargo, yo no tenía miedo. Como ya te he dicho, estaba cegada por mi ira y mi decepción. No podía pensar claramente, no había lugar para tener miedo ni para tomar las precauciones necesarias.

Luego de conducir por unos cuantos kilómetros, noté que un auto me seguía. Era él, era Ian. Ahora yo necesitaba llegar a la casa de mi abuela rápido, por lo cual aceleré mi marcha lo más que pude.

La lluvia caía sobre mi rostro. Me había olvidado de llevar el casco conmigo, pero me agradaba la refrescante sensación de la lluvia sobre mi cara; ella me hacía sentir un poquito mejor.

Ian todavía no podría alcanzarme, y yo estaba segura que llegaría a destino antes que él pudiese hacerlo, pero... nunca lo hice.

Minutos más tarde estaba a punto de alcanzar el puente Amarillo. Dicho puente se encontraba sobre un arroyo que no era muy profundo, pero cuando llovía siempre se inundaba; y esa vez yo pude ver como el agua cruzaba por encima del puente, cubriéndolo por completo.

Fue allí cuando me di cuenta: Había soñado antes con ese preciso momento. Sí, ése era mi sueño más recurrente: El agua, el sentimiento de que alguien me estaba siguiendo, la noche tormentosa. Había visto todo aquello en mis sueños.

Sin embargo, no quise creer que podía ser cierto, y no podía dejar que Ian me alcanzara. Decidí cruzar el puente de todas formas. Pensé que lo lograría, sabía cómo hacerlo; entonces no me detuve.

Todo marchaba bien, pero el problema era que ya no había más puente: El agua se lo había llevado. No pude verlo, y la misma corriente que se llevó el viejo puente, también me arrastró consigo.

No entendía lo que me estaba sucediendo. Perdí el control de mi moto, me estaba hundiendo, y estaba siendo arrastrada por la corriente. El agua llenaba mis pulmones; me estaba ahogando.

Era realmente agónico. La vida en mí se estaba esfumando, más y más con el transcurso de cada segundo... Me estaba desvaneciendo rápidamente. Pronto, todo se volvió negro y ya no sentí más dolor.

Ian siempre había sido un buen nadador, pero no pudo alcanzarme a tiempo. Cuando llegué al puente Amarillo, pude verme hundiéndome junto a mi moto, mas no fue lo suficientemente rápido.

Saltó dentro del arroyo y se sumergió bajo el agua, tratando de agarrarme, tratando de salvar mi vida. No pudo hacerlo. Cuando al fin logró tomarme de mi brazo y arrastrarme fuera del agua, yo ya me había ido.

Trató de reanimar mi cuerpo sin vida; pude verlo desde el otro lado del arroyo. Me costaba entender lo que me estaba sucediendo, pero sabía que estaba muerta. No había lugar a dudas.

Ya no sentía más dolor, no estaba enojada. Todo eso se había ido. Me sentí mal por Ian cuando vi su rostro; cuando vi el agónico dolor y la culpa en sus ojos. Él estaba llorando desconsoladamente, estaba desesperado porque no había nada que él pudiese hacer: Me había perdido para siempre.

Lo presencié todo. Minutos más tarde, llegaron una ambulancia y un patrullero. Los hombres de la ambulancia cubrieron mi cuerpo y se lo llevaron. Ian estaba a punto de meterse en su auto para seguir al patrullero. Supuse que tendría que prestar declaración ante la policía.

Iba a seguirlo, pero en ese momento vi una luz brillante viniendo desde el cielo. Era tan hermosa que caminé hacia ella. Pude ver un rostro familiar allí: Era mí adorada madre. Ella había muerto cuando yo tenía cinco años, pero yo todavía podía recordar ese hermoso rostro.

—Ven a mí, hija mía —me llamó dulcemente.

—No puedo —lloré—. Tengo que asegurarme que él esté bien.

—Todo estará bien, mi querida —me aseguró mi madre—. Necesitas dejarlo ir, tienes que perdonar.

Yo ya lo había perdonado casi por completo por lo que me había hecho. Sabía que había intentado salvarme, podía ver que realmente él me amaba.

Entonces, me dije a mí misma y al universo que lo perdonaba por todo el dolor que me había causado, y luego, decidí que era lo correcto perdonarme a mí misma también.

Me sentí en paz después de perdonarlo todo; ahora podía seguir adelante. Fue allí cuando caminé hacia la luz, sosteniendo la mano de mi madre sin mirar hacia atrás.

*

Esta es mi historia. Desde que aquello ocurrió he estado cuidando de Ian desde donde estoy, haciendo lo que está en mis manos para que él pueda rehacer su vida. No quiero que se sienta mortificado por lo que me pasó. No fue su culpa.

Y como te dije, tengo un montón de tiempo y puedo disfrutarlo. Tal vez hubiera deseado vivir una vida mucho más larga y feliz, pero sé que tendré otra oportunidad para hacerlo algún día, cuando sea el momento adecuado. Por ahora, tan sólo disfrutaré de la vida en el paraíso.

NUNCA VAYAS AL ESPACIO

Mi marido Matías y yo habíamos estado casados por ya más de diez años, desde antes que el casamiento se disolviese y comenzase a llamarse de otra forma que le quitaba por completo todo el romanticismo al trámite.

Los tiempos estaban cambiando, y a mí no me agradaba para nada el rumbo que nuestra sociedad estaba tomando. Los valores se estaban derrumbando y teníamos en el poder a un gobierno mundial que no se preocupaba en lo más mínimo por las personas, ni mucho menos por la libertad de las mismas. Para ellos éramos todos como ovejas en un corral. Pero, por supuesto, yo no podía decirle esto a nadie, o me estaría arriesgando al encarcelamiento, a la pena de muerte, o al destierro en el espacio.

Sí, desde que se había descubierto que se podía viajar al espacio en cuestión de minutos, atravesando ciertos portales llamados gusanos que se encontraban en distintas partes del espacio y en la tierra misma, todo había cambiado. Había bases espaciales en múltiples sitios del planeta, y todos los hombres estaban obligados a cumplir con el servicio espacial.

Puede resultarles gracioso, o recordarles del servicio militar que en el pasado se debía cumplir en muchos países; pero era así. Todos los hombres debían cumplir un año de servicio espacial entre los dieciocho y treinta y cinco años de edad. Podían elegir en qué año realizarlo, pero no podían evadirlo. Además, hacerlo tenía sus beneficios: En nuestro caso, la posibilidad de obtener una casa propia.

Volviendo a mi marido, ese año le tocaba realizar su servicio espacial. Lo había pospuesto durante el tiempo que pudo, aunque no fue tanto considerando que él tenía ya veintisiete cuando se promulgó la ley del servicio espacial. Ahora que tenía treinta y cuatro, no le quedaba más opción.

Me dolía mucho tener que estar separada de él, y además, durante el tiempo que él estuviese fuera, yo estaba obligada a vivir con mis padres ya que ninguna mujer tenía permitido vivir sola. Sí, lo sé. Era muy injusto.

Mi profesión era la escritura. Escribía lo que se me permitía escribir, e incluso un poquito más pero no demasiado. Expresar lo que realmente pensaba estaba absolutamente prohibido. Debía contentarme con escribir relatos sobre tiempos pasados, con contar historias de amor sin nada de críticas a la sociedad actual, entre otras pocas cosas que eran inocentes desde el punto de vista del gobierno.

Esa mañana. Estaba escribiendo en mi computadora cuando me llegó un mensaje de Matías.

“Naya. Vamos a estar pasando por la base de Arroyo Crespo esta tarde. Tendremos sólo unos minutos para recargar la nave, pero podremos aprovechar para vernos.”

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Estaba contenta porque podría ver a Matías después de meses sin hacerlo; realmente lo extrañaba con todo mi corazón. Le confirmé que iría y me preparé para el viaje a la base.

Esa base estaba ubicada casualmente donde una vez había estado la propiedad de mi abuelo paterno, fallecido hacía ya quince años.

Cuando el gobierno descubrió el nuevo tipo de viaje espacial, investigó qué lugares serían los mejores para desarrollar sus bases, y ese sitio resultaba ser perfecto debido al alto magnetismo que allí había. Les dieron una abundante suma de dinero a mi padre y a mis tíos para que les cediesen la propiedad, aunque ellos no tenían otra alternativa, y luego se montó la base allí.

La vieja casa aún estaba en pie, y servía para que los viajeros pudieran encontrarse con sus familiares mientras estaban de paso. Los llamo viajeros porque el término astronautas ya había quedado anticuado. Ya nadie los llamaba así.

La casa de mis padres quedaba en el campo, a solo dos kilómetros de dicha base, por lo que tomé mi bicicleta y me desplazé hasta llegar a la entrada del complejo. Allí la dejé de lado y me paré frente a un *drone*, un ave robot de color celeste que me estaba mirando. Ese objeto tenía cámaras como ojos, y yo sabía que era controlado desde la base.

—¿Quién es? —pronunció una voz robótica.

—Naya González, la esposa del viajante Matías González e hija de uno de los anteriores dueños de este lugar —respondí sin dudar.

Me quedé esperando la autorización. Sabía que, aunque no había un portón que me impidiese entrar, el sitio poseía un gran campo de fuerza, que acabaría conmigo en cuestión de segundos si no estaba facultada para pasar.

—Adelante —me autorizó la voz robótica.

De inmediato, pude ver como la barrera del campo de fuerza se levantaba, permitiéndome entrar. Caminé entonces los cien metros hasta la vieja casona donde tantos buenos momentos había pasado durante mi infancia.

Ya no era lo mismo, por supuesto. Estaba repleto de extraños, y el paisaje natural alrededor de la propiedad había sido arruinado con los cientos de aparatos espaciales, estructuras y demás cosas que allí se encontraban.

Sabía que encontraría a Matías en la casa, por lo que entré y me quedé sentada en un sillón en la sala de espera. Allí había otras mujeres más, algunas con hijos, esperando también poder ver a sus parejas.

Minutos más tarde, vi a Matías entrar por la puerta y mi corazón saltó de alegría. Corrí a abrazarlo y besarlo como si aún fuésemos dos adolescentes.

—Naya, ¡te extrañé tanto! —exclamó Matías con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal te ha ido? Contame un poco sobre el viaje —le pedí, colgada de su brazo mientras salíamos al patio.

—Bien. Aprendí muchas cosas, he conocido muchas especies extraterrestres y he visto varios mundos nuevos. Cuando vuelva de manera definitiva te cuento todo.

—Me parece muy bien —le dije entusiasmada, cuando de pronto mis ojos se posaron en un apuesto castaño alto que venía hacia mí.

—¿Naya González? —preguntó el extraño con sorpresa. Parecía encantado de verme.

—Sí, esa soy yo —dije, mirándolo para ver quién era él—. Y vos sos... ¡Roberto Capri! ¿No es cierto? —Él asintió mientras los ojos azules de mi marido nos miraban con curiosidad.

—Roberto es uno de mis fans en Wattpad —le expliqué a mi marido.

—Uno de los primeros, y desde cuando todavía la plataforma era gratuita —dijo Roberto, con orgullo—. Me alegra mucho verte, Naya. Nunca dejes de escribir.

Ese comentario me había alegrado el día. Roberto luego se fue y nos dejó solos. Abracé a mi marido con fuerza.

—Ojala no tuvieras que volver a irte —le dije.

—Yo también desearía lo mismo, Naya, pero aún me quedan seis meses más de servicio espacial por cumplir. Mis superiores me han dicho que, si quiero, más al final del servicio puedo llevarte un mes conmigo.

Sonreí. La verdad me daba mucha curiosidad conocer el espacio. ¡Tendría tantas cosas sobre las cuales escribir si lo hacía!

—Lo pensaré —le contesté, dándole un beso más. Ya era hora de partir, y me dolía en el alma tener que dejarlo ir nuevamente.

—Quédate dentro de la casa —me pidió Matías mientras se iba—. Nos vemos pronto.

La curiosidad me ganó y lo seguí. Matías caminó unos metros hasta llegar al sitio donde se encontraba su nave. No era la gran cosa, si me preguntan. Parecía un gran

cubo gigante, no muy diferente a la *Tardis* de *Doctor Who*. Tal vez de allí habían sacado la idea para fabricar las nuevas naves espaciales, no lo sé.

Matías entró dentro de la nave junto con Roberto, mi *fan*, y al cerrarse la puerta pude ver como se encendía el propulsor, una enorme máquina que quedaba en base y no acompañaba al transporte, que lo haría girar a una velocidad inimaginable. Yo deseaba ver eso.

Me acerqué un poco más mientras veía la nave comenzar a dar vueltas. Giraba y giraba, cada vez más rápido. Tomé mi móvil para filmarlo, ya que me parecía increíble y quería volver a verlo.

De golpe, el ruido que la máquina producía se volvió ensordecedor, y hubo un destello de luz que cegó mis ojos. Todo comenzó a dar vueltas a mí alrededor, y daba la impresión que yo estaba rodando en el espacio. Sentí algo pasar a mi lado, rozándome. Tal vez la nave misma. Temí que me hubiera llevado pegada a ella de alguna manera.

Realmente pensé que en ese momento moriría pero, de pronto, abrí mis ojos en una cama. Me costaba mucho ver, parecía como si estuviera un poco ciega porque la luz realmente me molestaba demasiado.

Me percaté que estaba en una de las habitaciones de la casa de la base, la casa que alguna vez había pertenecido a mi familia. Me levanté y caminé hacia la ventana. Todo se veía diferente. Quise ir hasta la sala de espera, pero no estaba. Parecía que el tamaño de la casa había disminuido, que habían derrumbado algunas habitaciones. ¿Qué había pasado?

—Vine tan pronto como pude —escuché una voz decir afuera—. ¿Están seguros que es ella? ¿Dónde la han encontrado?

Me di cuenta que era la voz de Matías. ¿Pero cómo podía ser? Si él recién había salido de vuelta rumbo al espacio...

—¡Naya! —exclamó Matías, rodeándome con sus brazos una vez dentro de mi habitación. Me apretujó tan fuerte que parecía que no me veía desde hacía una eternidad. Yo aún no podía ver bien. No podía distinguir las facciones en el rostro de mi marido.

—¿Qué pasó? —Pregunté— ¡Estoy tan confundida!

—¿No sabés? —preguntó él. Sacudí mi cabeza. No entendía qué estaba pasando.

—Naya. Has estado perdida... Recién te encontraron. —Fruncí el ceño. No podía ser posible.

—¿Qué? Pero si recién te vi irte al espacio. No puedo haber estado perdida mucho tiempo. ¿Cómo es que ya estás de vuelta?

De pronto comencé a ver mejor, y vi suaves arrugas delineadas sobre el rostro de mi marido. No podía ser... No era posible.

—¡No! ¡No puede ser! —exclamé aterrorizada.

—Sí, Naya —contestó Matías con la voz calmada—. La máquina te propulsó al futuro.

—¿Qué tanto en el futuro?

—Veinte años.

Entré en estado de shock y comencé a temblar. Mi vida estaba arruinada. Esto no podía estar pasando.

Y de repente, abrí los ojos en la cama junto a mi marido. Mi corazón latía agitadamente. Necesitaba cerciorarme la fecha en la que estaba así que me giré y tomé mi móvil, el cual yacía sobre mi mesita de luz.

21 de Mayo de 2012, 6:25 AM.

Nunca en mi vida había respirado con semejante alivio. Nada de lo que había soñado había pasado. Mi marido aún tenía veintiséis años y yo veinticinco. El matrimonio no había sido anulado ni se había aprobado el servicio espacial. Es más, no

existía ese tipo de viajes, hasta donde yo sabía. Wattpad aún era gratuito, y yo esperaba que lo siguiera siendo. Mi vida no estaba arruinada después de todo.

“Lo único malo,” pensé con una sonrisa disimulada en mis labios, “es que aún no he conocido al apuesto Roberto.”

Mi marido se dio una vuelta en la cama y me abrazó.

—¿Despierta tan temprano? —preguntó. Asentí.

—Sí. Tuve una pesadilla.

—¿De qué se trataba? —me preguntó. Él siempre disfrutaba cuando le contaba mis sueños.

—No importa —le dije—. Más tarde te lo cuento, o la vas a leer en Wattpad, pero quiero que me prometas algo muy importante.

—Por supuesto, mi princesa —me dijo, sin preguntar qué. Creo que aún estaba medio dormido.

—Nunca, nunca vayas al espacio.

JOVEN PARA SIEMPRE

Cuenta la historia que, en los años 70, una joven doctora inglesa se había radicado en un pequeño pueblo del sur de Argentina. Ofrecía en un anuncio liberar a las personas de sus años de más, dejándolas con la apariencia de veinte.

Muchos pensaron que se trataba de una estafa. Con mucha razón, ¿Quién en su sano juicio creería que los años se pueden quitar? La vida humana, después de todo y lamentablemente, es lineal. Vamos para adelante, nunca hacia atrás, ni damos saltos en nuestra cronología hacia el lugar donde queramos ir.

Sin embargo, siempre existen aquellas personas desesperadas que prueban cualquier cosa con tal de ser jóvenes nuevamente, por más que el tratamiento sea costoso y muy difícil de pagar. Esas personas tienden a ser acaudaladas, por lo que el dinero no es un problema. Y resulta ser que el tratamiento que la doctora europea ofrecía funcionaba.

Yo tenía veinte años en ese entonces; no necesitaba rejuvenecer, aunque ahora no me vendría para nada mal. Una noche fui a una fiesta en la casa de Judith, una solterona de unos cuarenta años, quien tenía unos cuantos millones de sobra. A ella le gustaba dar fiestas, y mi familia siempre estaba invitada. No éramos tan ricos como ella, pero pertenecíamos a la alta sociedad. Mi padre era el intendente del pueblo, y Judith solía donar mucho a la municipalidad. Papá decía que debíamos estar disponibles cuando ella lo quisiera.

Bueno, esa noche me sorprendí mucho al ver a la señora Judith. Realmente era otra persona. ¡Tenía veinte años menos! Lucía radiante, su sonrisa esbozaba felicidad. Nadie podía creer lo que estaba viendo, y todos querían su receta para lucir tan joven.

—La doctora Riverview puede hacerle ese tratamiento a cualquiera por tan sólo un millón de dólares —respondía ella sin titubear.

La doctora Riverview resultaba estar en esa fiesta también. Iba muy bien vestida y no aparentaba más de veinticinco años. Sin embargo, sus ojos eran ojos antiguos. No sé cómo, pero podía darme cuenta de ello. Riverview debía ser muy vieja, demasiado vieja.

No muchos tenían el dinero para pagar ese tratamiento en mi pueblo, por lo que la doctora pronto se marchó diciendo que iba a volver a Europa.

Entre esos días, salió la noticia que dos jóvenes habían desaparecido. Nadie relacionó dicho informe con la doctora Riverview, aunque yo sí lo hice, pero ya unos años más tarde.

Estaba tomando el té con una amiga de un pueblo vecino, una señora también adinerada que en esos momentos aparentaba tener unos treinta años. Ella aseguraba tener sesenta, y su documento de identidad le servía como prueba.

En medio de la conversación, otra de las invitadas comentó sobre la desaparición de su hija, cuyo paradero nunca llegó a ser conocido. Varias jóvenes más habían desaparecido entre esos días.

—¿Cuándo exactamente fue eso? —preguntó Rita, la señora que había sido rejuvenecida.

—En la época en que te rejuveneció esa doctora, Riverview.

Me cayó la ficha. No era coincidencia que jóvenes mujeres desaparecieran en dos pueblos al mismo tiempo. Con los años investigué varios pueblos argentinos donde esa mujer había estado: En todos los lugares habían desaparecido jóvenes mujeres al mismo tiempo que Riverview había estado ofreciendo sus tratamientos.

Llegué a una sola conclusión: No es posible ofrecer la juventud a alguien, sin quitársela a otra persona...

No sé si Riverview era una doctora, si sus tratamientos eran científicos, o si se manejaba con la magia. La cuestión es que eran efectivos, sí, y además costosos...

demasiado costosos de manera económica, y para la moralidad de quienes accedían a aquellos tratamientos.

Me cuesta mucho creer que aquellas personas no supiesen lo que estaban haciendo. Muchas, incluyendo a la señora Judith, quien envejece pero más lento que los demás, afirman tener pesadillas todas las noches...

¿Será la conciencia que no les deja dormir? Sólo Dios lo sabrá.

SOBRE LA AUTORA

Natalia Hatt creció en un pequeño pueblo de Entre Ríos, en la República Argentina. Desde que tomó el primer libro en sus manos, se apasionó por la lectura. Más tarde descubriría que también amaba escribir. Escribió cientos de poemas e historias durante su adolescencia, pero recién a los veinticuatro años se animó a perseguir su sueño de convertirse en escritora de novelas.

Es profesora de inglés y autora de novelas románticas con temas paranormales y de fantasía. Su sueño es poder llegar a dedicarse por completo a la escritura algún día no tan lejano.

Actualmente, vive con su gato en la ciudad de Crespo, Entre Ríos. Para saber más de ella, visita:

www.nataliahatt.com